

Para reflexionar

Araceli Damián*

“Un tiempo como el presente parece, entre todos los tiempos, no ser un tiempo para hablar del ocio”. Lo anterior fue escrito por el filósofo alemán Josef Pieper unos años después del fin de la Segunda Guerra Mundial (*Leisure. The Basis of Culture*, St. Augustine's Press, South Bend, Indiana, 1998, primera edición en alemán, 1948). El texto intentaba ser un llamado para que la sociedad europea, atareada con la reconstrucción de sus viviendas, ciudades y formas de vida, no olvidara que en momentos difíciles como ese se requería reflexionar, para ordenar “de nuevo su herencia moral e intelectual.”

Traigo a colación esta reflexión debido a que México pasa sin duda por momentos muy difíciles en los que las bases para el sustento material están siendo destruidas por los sectores dominantes, que se aferran a seguir gozando de los privilegios heredados de la era priísta y de los obtenidos en estos lamentables años del panismo.

El grado de descomposición está muy avanzado, pero tanto el gobierno como las grandes cadenas televisivas han sobredimensionado el problema de la violencia, haciendo a un lado de la conciencia de los televidentes los problemas de fondo del país. Sin embargo, si bien la incesante violencia que atormenta a nuestras conciencias día a día se relaciona con el narcotráfico y los secuestros, su origen lo podemos encontrar en la violencia que se ejerce desde el estado, el mercado y la Iglesia. Los representantes de estas instituciones se han empeñado en una feroz defensa del “establishment” y tratan por todos los medios de continuar con la inercia que reproduce la injusticia social.

La política y la democracia han sido enarboladas como formas de superar la injusticia social. Sin embargo, ¿qué calidad moral puede tener un gobierno para enfrentar estos problemas, si fue incapaz de demostrar y convencer a la ciudadanía de que llegó al poder limpiamente, sin fraude? ¿Cómo puede la sociedad confiar en las instituciones si se han mantenido en el poder gobernadores represores como Ulises Ruiz o protectores de pederastas como Mario Marín? ¿Cómo puede la sociedad confiar en el gobierno cuando Elba Ester Gordillo, la peor líder sindical de la historia, se jacta de ser amiga personal del “presidente”? ¿Cómo podemos confiar en una Iglesia que oculta a pederastas bajo las sotanas de la impunidad?

De igual forma observamos innumerables muestras de descomposición política. Una de ellas, posiblemente la más nefasta, es el amasiato entre el PRI y PAN, que ante su deseo de acaparar y mantenerse en el poder son capaces de violar sin miramientos la Constitución. ¿Qué podemos decir de las pugnas internas del PRD, exacerbadas por el tramposo acaparamiento de las estructuras de poder del partido por parte de Nueva Izquierda, corriente que se ha caracterizado por su pragmatismo político, desdibujando los principios que supuestamente enarbola?

¿Cómo podemos confiar en el poder judicial, cuyos representantes, serviles a gobernadores y presidentes establecen penas tan duras como la impuesta en contra Ignacio Del Valle Medina, por 112 años, por haber defendido su tierra y haberse convertido en un líder popular? En cambio, tanto secuestradores como narcotraficantes tienen el poder y los recursos para burlar, en la mayoría de los casos, a la justicia.

La sociedad está enojada, ¿pero qué gana con vestirse de blanco y al mismo tiempo gritar y exigir pena de muerte a secuestradores? En cambio, se queda silenciosa ante la evidencia de corrupción, malos manejos del erario público, abuso del poder, represión, etc.

Estamos en una era en que se ha desdibujado por completo la democracia. No es que alguna vez, como sociedad, la hayamos vivido plenamente. No obstante, la supuesta modernidad que se buscaba alcanzar tenía como premisa la promoción de tal democracia. Sin embargo, antes que hubiésemos alcanzado ese estado ideal democrático, han sido destruidos progresivamente los valores sobre los cuales se funda.

De acuerdo con el filósofo analítico Bertrand Russell (*In Praise of Idleness*, Routledge, 2004, primera ed. 1935) una de las principales herencias de los romanos a la sociedad occidental fue la capacidad de gobernar, pero esta estaba basada en el servicio civil de carrera y en un cuerpo de leyes. En México, apenas se ha iniciado el servicio civil de carrera y su desarrollo aún es incipiente. Y si bien existe un cuerpo legal, éste es violado primeramente por los propios legisladores quienes aprueban modificaciones legales contrarias a lo establecido en la Constitución; de igual forma el ejecutivo la viola mediante reglamentos contrarios al espíritu de las leyes.

Russell señala que los romanos también inventaron la devoción hacia un estado impersonal, en oposición a la lealtad hacia una persona o a un gobernante. En México la devoción hacia el estado se ha tratado de imponer a las masas mediante programas educativos. No obstante, la lealtad a los líderes y gobernantes, estimulada mediante la compra de conciencias y el compadrazgo, siempre ha estado por encima de la devoción al estado impersonal. El presidencialismo ha sido enteramente dominante y toda la sociedad está conciente de que las fortunas privadas dependen en gran medida de la cercanía a los gobernantes.

Ante la falta de tiempo para el ocio y la participación política activa, frente a tanta corrupción, injusticias, fraudes electorales, violaciones a las leyes y bajos salarios, difícilmente construiremos un estado medianamente democrático. Tampoco podremos ordenar los principios morales y éticos que dan fundamento a nuestra sociedad y, en consecuencia, los problemas sociales seguirán dirimiéndose, como hasta ahora, con violencia.

*El Colegio de México, adamian@colmex.mx